



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2018

Agustín Fernández Mallo

Trilogía de la guerra





Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2018

Agustín Fernández Mallo

Trilogía de la guerra

© Agustín Fernández Mallo, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2018
ISBN: 978-84-322-3360-9
Depósito legal: B. 2.466-2018
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Créditos fotográficos: Derechos reservados: 85 abajo, 173 arriba (Botticelli, *Nacimiento de Venus*, detalle, 1485 h., Galería de los Uffizi), 209, 420-421 (© The Biophysical Society, 2003); Agustín Fernández Mallo: 21 arriba, 24, 38, 85 arriba, 101 (© Derechos reservados), 172, 173 abajo, 175, 404, 430 (Casa Museo de Albert Einstein); Dámaso Carrasco Duaso: 21 abajo, 25, 39; Google: 176-181, 419.

Seix Barral agradece a **renfe**
su atenta colaboración en la celebración del Premio Biblioteca Breve

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

Invitación y primer día

Damos por supuestas tantas cosas. La mañana del 15 de septiembre de 2014, habiendo desayunado y estando sentado a mi mesa de trabajo, el ruido de las obras de remodelación de la calle hizo que me olvidara de lo que en aquel momento estaba escribiendo y se cruzó en mi cabeza algo que el día anterior había visto en la televisión, un reportaje en el que se afirmaba que un décimo de la superficie terrestre se quema debido a causas naturales, y que viene ocurriendo sin descanso desde hace más de doscientos años. Si viéramos un mapa dinámico de todos los incendios que en este preciso instante se hallan activos en el planeta observaríamos multitud de zonas que en color rojo se propagan a la velocidad del viento, especialmente en África, continente al que los expertos en esta materia llaman Corazón del Infierno. Me asustó pensar que la existencia del humano moderno se hubiera venido desarrollando al lado de esa incandescente presencia.

Hace años, un amigo músico me contó que había pasado una larga temporada en una selva africana. Su inten-

ción era grabar el silencio de la naturaleza; concretamente en la selva que rodea al lago Tanganica, en Tanzania, segundo lago más grande y profundo del planeta; «tan profundo —me dijo—, que las aguas del fondo carecen de oxígeno, son aguas fósiles». Un helicóptero lo había dejado en un claro de un bosque sin nada más que una tienda de campaña, algo de ropa, comida de supervivencia y un montón de grabadoras, cintas magnetofónicas, micrófonos de ambiente y demás aparataje de registro sonoro. No vio ningún incendio, y si lo vio no me lo dijo, pero sí me contó que tras más de un mes vagando por esas tierras lo más llamativo había sido no hallar ni un solo instante de silencio. El modo en que día y noche el sonido de la naturaleza se metía en su cabeza es algo que me relató con verdadera inquietud, y no por tratarse de un sonido áspero o inarmónico, sino por su constancia e inmutabilidad. Meses después, y en viajes que realizó lo más encadenadamente posible, repitió esa experiencia en la selva brasileña, en los bosques de Alaska y en una estación polar muy al sur de la Patagonia para llegar a la conclusión de que en la naturaleza el silencio no existe, el silencio es un relato fantástico construido por nuestra cultura, un concepto, en definitiva, inventado. Y esto mi amigo no lograba entenderlo. O lo entendía pero se rebelaba contra ello. Las últimas noticias que tuve de él fueron que continuaba buscando una porción de silencio en el planeta.

La citada mañana del 15 de septiembre de 2014, esas y otras meditaciones se vieron interrumpidas por la llegada de un correo electrónico en el que por primera vez tenía noticia de la isla de San Simón, situada en la Ría de Vigo, en Galicia. Venía remitido por alguien que se hacía llamar Rómulo, y se trataba de la invitación oficial a participar en las Terceras Jornadas Nethinking, encuentro que,

por lo que entendí, a fin de reflexionar acerca de las redes digitales reunía a diversos profesionales de las comunicaciones así como a artistas que, como era mi caso, eventualmente utilizamos Internet como espacio y herramienta de creación. Hasta que no leí el mensaje un par de veces no ubiqué a Rómulo en mis recuerdos: habíamos intercambiado unas palabras en la presentación de un libro de un amigo común; poco más. La invitación aclaraba que los participantes se alojarían en el hotel de que dispone la isla —el email adjuntaba imágenes de excelentes instalaciones—, y me señalaba que asistiría Julián Hernández, a quien yo conocía no sólo por militar en la banda de rock Sinistro Total sino por asuntos relacionados con la literatura. Precisamente, la actividad que Rómulo me sugería era una mesa redonda con Julián. Admito que dudé. Lo que terminó por hacer que aceptara fue una peculiaridad que en aquel momento me pareció insólita: no habría público en vivo, el encuentro sería emitido en directo a través de diferentes canales de Internet. El email aseguraba que, por experiencia de jornadas de años anteriores, éstas contaban con gran seguimiento, sobre todo en España y Latinoamérica. Yo venía de una época de intensísimo trabajo, en la que apenas había salido de la isla de Mallorca, de modo que unos días en una isla distinta, me dije, no me vendrían mal.

Sólo horas después me di cuenta de que yo ya sabía algo acerca de la isla de San Simón; no comprendí cómo había podido olvidarlo. En el año 1995, los periodistas Clara María de Saá, Antonio Caeiro y Juan A. González habían llevado a cabo un documental filmado y un libro de igual nombre, *Aillados*, acerca de los años en los que ese peñasco llamado San Simón, que no mide mucho más que tres estadios de fútbol, había sido utilizado como cam-

po de concentración para quienes, sobre todo en la provincia de Pontevedra, se habían opuesto a los golpistas de la guerra civil española. Conservaba ese libro en algún lugar de mi biblioteca; de hecho, había viajado conmigo desde mi ciudad natal, La Coruña, hasta Mallorca, y había pasado por las al menos cinco viviendas en las que desde 1996 había venido residiendo. He organizado mi casa de tal modo que pueda tener todos los libros a la vista, no guardo ninguno en cajas, ni en armarios ni en trasteros, pero acumulo tantos —dos bibliotecas, cada una de algo más de tres mil volúmenes—, que tardé en encontrarlo. Contra todo pronóstico, y salvo un par de manchas de humedad, se conservaba intacto. Hojeé fotografías y testimonios de supervivientes. Algunas páginas referían la isla como un lugar propicio al hambre, los fusilamientos y la tortura; otras, como un lugar que resultaba más habitable que otros penales de la misma época. Volví a leer el email enviado por Rómulo. La isla es hoy gestionada por una fundación denominada Isla del Pensamiento. Sonaba bien. Isla del Pensamiento *vs.* Isla de la Represión, me dije. Me pareció entonces aún más sugerente la idea de quince personas aisladas para hablar de lo opuesto al aislamiento: las redes sociales. Quince personas que desde el autismo emiten ideas al mundo. A fin de observar la isla a vista de satélite, me asomé a Google Earth. Tiene una forma curiosa, es como dos bolas, una grande y otra más pequeña, unidas por lo que en la imagen me pareció un puente sobre una formación rocosa y verde de algas. En una segunda inspección me pareció la planta del aeropuerto Roma-Fiumicino. Este hallazgo me llenó de satisfacción porque, técnicamente, ese aeropuerto se llama Aeropuerto Intercontinental Leonardo da Vinci, lo que de algún modo le daba a la isla un aire secretamente renacentista.

Esa noche me acosté francamente emocionado con la idea del viaje. Tal como es mi costumbre, me quedé dormido intentando ver cuatro puntos blancos dentro de mis pupilas, cuatro puntos que años atrás flotaban ahí dentro cuando cerraba los ojos, y que en algún momento de mi vida se habían esfumado.

Volé desde Mallorca hasta La Coruña una mañana de octubre, y a la espera de que días más tarde vinieran a buscarme para trasladarme a la isla, situada, como he dicho, en la Ría de Vigo, me alojé en la casa familiar, en aquel momento deshabitada pues ya sólo es frecuentada en periodos estivales. Pocos días más tarde un chófer y yo rodábamos hacia el pueblo de Redondela, población en cuyo muelle habría de tomar el barco hacia la isla. Me abstraí en la línea de costa hasta que, tras casi tres horas, San Simón se recortó sobre el mar; lo hizo de pronto. Su vegetación, verde y espesa, parecía plata bajo el sol del mediodía. Minutos más tarde, una construcción, blanca y antigua, con base de piedra, se hizo visible entre esa maleza. Cuando llegamos al puerto ya me esperaba una pequeña lancha; yo era el último en llegar. Un marinero, joven, rubio, con gafas de sol, me indicó por señas que le diera la maleta. Hicimos el trayecto contra las olas, a saltos. A pesar del sol, el viento soplaba helado, y me cubrí con un grueso chubasquero. La isla se fue haciendo grande, y el edificio blanco, de unos cuatro pisos de altura y base de piedra, que había visto desde el coche, también se agigantó; su fachada posterior caía hasta incrustarse directamente en el mar. «Ése es el hotel», dijo el marinero señalándola. No creo que en ese momento en Galicia hubiera un lugar más conectado con el mundo que esa isla, a la que para el even-

to habían llevado un complejo dispositivo de conexión satelital.

Rómulo me esperaba en el embarcadero. El marinero descargó mi equipaje y emprendió el regreso. Arrastré la maleta por una plataforma de roca y algas, aún húmeda de la última marea, subimos unas escaleras de granito flanqueadas por muros restaurados y geométricos matorrales, para llegar a una explanada de grava que distribuía varios edificios; uno de ellos sería el que albergaría el encuentro Nethinking propiamente dicho. Me informaron de que durante la guerra civil esa construcción había sido uno de los módulos principales de la penitenciaría. Justo al lado, un comedor de grandes cristaleras, en cuyo interior tres jóvenes camareros —dos varones y una mujer— movían sillas y preparaban una mesa de grandes dimensiones; resultaba obvio que la camarera estaba embarazada. Al otro lado de la explanada de grava se erguía una antigua ermita. Su puerta, abierta, dejaba ver el interior, totalmente vacío salvo por un altar de piedra encastrado en la pared, sobre el que a escala real se erguía, en madera, la talla de un santo. Es san Roque, me dijeron; le faltaban las dos manos, alguien se las había arrancado o serrado, no sé. Antes de dirigirnos al hotel me enseñaron la sala del encuentro. De reducido tamaño, me pareció un aula de autoescuela: quince sillas con reposabrazos formaban un corro. Al fondo, tres cámaras de vídeo profesional en sus trípodes y dos grandes pantallas donde en tiempo real irían apareciendo los mensajes de Twitter lanzados por los internautas. «Son miles de personas quienes nos siguen —aseguró Rómulo—, en ocasiones llegan tuits de Estados Unidos o de Australia, ya verás, y eso por no hablar de Facebook y demás redes sociales, que se saturan.» Regresamos a la explanada de grava y por un paseo de eucaliptos y mirtos

nos dirigimos al hotel, donde las llaves de cada habitación estaban en su casillero. «Sírvelte tú mismo», dijo Rómulo señalando la llave de la habitación 486. «Pero ¿no es un hotel?», pregunté. «Lo fue. Dejó de explotarse por falta de clientes.» «Pero ¿entonces estamos solos?» «Sí. Hasta dentro de tres días nadie vendrá a la isla y, salvo caso de urgencia, nadie se irá.» En ese momento llega un joven de pelo rubio y somos presentados. Es Javier, el director de la Fundación. Le comento que es una isla bellísima, de jardines muy bien cuidados pero también de naturaleza salvaje, y le interrogo acerca de la infrautilización de todo aquello, cómo es que no hay programas de estancias para artistas, escritores, músicos, historiadores o científicos incluso; es un lugar ideal para dar forma a toda clase de proyectos. Me responde que no hay dinero. «Ya, comprendo, no hay voluntad política», digo para mí.

Subí la maleta a mi habitación. Disponía de todas las comodidades pero no dejaba de preservar un aspecto monacal. La ventana daba a la parte de atrás de la isla. A lo lejos se veía el Puente de Rande, que se parece al de Brooklyn pero con más hormigón y menos hierro. Bajo mi ventana arrancaba un camino de tierra que descendía suavemente hasta un pequeño puente de piedra que, sobrevolando el istmo que días atrás había visto en Google Earth, conectaba la isla de San Simón con la otra isla pequeña, no más grande que cuatro campos de tenis. En esa pequeña isla veo entonces que se alza otra construcción, de estilo modernista y estucada en color azul celeste, de una sola planta y rodeada de altísimos eucaliptos. A lo lejos, un vigilante hace la ronda, sortea unas rocas; usa pistola además de porra; es algo en lo que siempre me fijo. Se pierde por un sendero en dirección a la ermita. Me retiré de la ventana, deshice la maleta y dejé dentro la ropa interior; nunca veo motivo

para sacarla. De un bolsillo lateral extraje una pequeña piedra de basalto negro, moteada de pequeñísimos puntos rojos que parecen pintura o sangre; la había cogido años atrás en una cuneta de una carretera del norte de Francia; desde entonces la tengo por una especie de amuleto. De otro bolsillo extraje el libro *Aillados* y lo dejé sobre la mesa. Sé por experiencia que en todos los congresos y reuniones tiendo a aburrirme, así que de inmediato tracé un plan con el que matar el tiempo: localizar la ubicación exacta donde habían sido hechas cada una de las fotografías del libro *Aillados* —fechadas casi todas en torno a 1937— y hacer hoy una fotografía en el mismo lugar.

Cuando bajé, todos estaban allí, charlaban de anécdotas de años anteriores; entendí que yo era el único nuevo del grupo. Comenzamos a caminar hacia el comedor; sería la 1.00 pm. Le pregunté a Javier si alguien habitaba la isla el resto del año. Ante su respuesta negativa, añadí: «¿Ni siquiera el guardián?». «En invierno el guardián sólo está durante el día —contestó—, por la noche la barca lo lleva al Continente.» «¿Y por la noche quién vigila?», pregunté. Javier sonrió de medio lado y dijo: «Por la noche no hace falta vigilar. Te aseguro que en invierno a nadie le apetece venir aquí por la noche».

Fue en la comida —empanada de pulpo, lubina a la plancha y vino blanco o tinto a elegir— cuando por primera vez los vi: en una sola mesa, catorce cuerpos tuiteaban unos frente a otros. De vez en cuando alguno alzaba la vista y decía algo, pero duraba poco; nadie le respondía. No tardé en entender que se tuiteaban entre ellos. Junto a mi servilleta, un tríptico informativo dibujaba un plano de la isla y eran señalados los puntos singulares con sus respectivas descripciones históricas, así como las descripciones actuales. Era algo en lo que desde mi llegada ya me

había estado fijando, todo allí venía explicado por la comparación del binomio antes/ahora. A la mínima oportunidad que tuve me disculpé y me fui. Tenía casi dos horas antes de que, a las 4.30 pm, oficialmente comenzaran las mesas de debate.

Con el libro *Aillados* en la mano, tomé un camino al azar y fui fijándome en diversos detalles de las fotografías que me sirvieran de identificación de los lugares. Todo se hallaba muy cambiado. Las referencias de árboles no valían; ya no existían, y de existir, tendrían otro tamaño. Los caminos estaban más limpios o, por el contrario, disueltos en la vegetación. Cambié de táctica: me centraría en una sola foto y no dejaría de caminar hasta encontrar su localización. Pasé por delante de dos antiguos pabellones penitenciarios, intenté entrar pero las puertas no se abrían. Salté el muro que me separaba de la orilla marina, caminé por las rocas en las que horas atrás había visto moverse al vigilante, pequeños cangrejos se escondieron ante mis pies, no había un solo residuo que llamara a una cultura más acá de los años sesenta del siglo xx; a lo sumo, restos de barcas y objetos metálicos, muy erosionados, y que a ojos de un profano tanto pueden tener cinco como cinco mil años. Dejé la línea de costa, regresé a tierra firme. Multitud de esculturas abstractas, pero casi antropomórficas, me dieron no pocos sustos. Bajo cada una de ellas, su correspondiente chapa metálica informaba del nombre, año y autor, todas datadas en los años noventa del siglo xx, época en la que se había llevado a cabo la restauración integral de la isla. Llegué hasta el puente de piedra que atraviesa el istmo a la isla pequeña. En una placa de bronce, adosada a uno de los pilares, leí que aunque pertenece a la isla de San Simón tiene nombre propio, isla de San Antón, y que había sido el *lazareto sucio* de San Si-

món, donde en el siglo XIX separaban a los leprosos, y también donde en la guerra civil habían ido a parar toda clase de cautivos enfermos. Distinguí entonces las bisagras de lo que habían sido las puertas a ambos lados del puente, que crucé a paso rápido. Una vez allí, caminé entre restos de construcciones que emergían apenas unos centímetros del suelo, parecían un mapa a escala real de lo que alguna vez había existido. Bordeé el edificio de estucado azul celeste, cerrado y dedicado a archivo histórico según decía otra placa en su entrada principal. Pegué los ojos a una ventana. Dentro, unidas por telarañas, se alineaban en estricto damero mesas de formica y sillas de ese mismo material. Sobre cada mesa, un ordenador. Calculé que más o menos serían del año 1997 pues en todos se leía: «PC-Intel 486». Despegué los ojos del cristal. Por un sendero apenas visible continué hacia un muro que linda con el mar, lo rodeé para toparme con lo que sin duda eran tumbas, de granito y teñidas por líquenes en verdes y naranjas pálidos, tumbas de diferentes tamaños, sin inscripciones de ninguna clase, sólo la rectangular forma del ataúd. Observé una tumba particularmente pequeña, como de bebé; también carecía de nombre y de fecha. Todo en la isla tenía su correspondiente placa metálica de datos, todo menos las tumbas, me dije. En ellas no funcionaba el binomio antes/ahora. En el muro se distinguían lo que sin duda eran impactos de bala, no sé si fusilamientos fallidos. Consulté el reloj, se hacía tarde. Regresé a paso rápido. En mitad del puente me asomé a ver la corriente. Peces plateados se movían lentamente, sin la solidez de un banco, daban la sensación de ir cada uno a su aire, se cruzaban y emergían por separado y no tenía claro si las leyes de la naturaleza viajaban con ellos; me parecieron sardinas, pero como nada sé de peces estoy seguro de que no lo eran. Ya en el otro

lado del puente, al pasar por una de las construcciones que horas atrás ya había visto, advertí de inmediato que ése era uno de los lugares que estaba buscando. Abrí el libro, estudié la fotografía. Extraje el teléfono del bolsillo, encuadré y disparé.



Me pareció estar observando dos ríos que, idénticos, corren ante mí a velocidades distintas.

Las reuniones de la tarde se desarrollaron según lo esperado; los temas propuestos, casi todos relacionados con la gestión de negocios en la Red, no me interesaban. Miles de tuiteros, en efecto, hacían llegar sus mensajes. Recuerdo haber pensado que la gente, antes de tuitear, debería preocuparse de saber de qué se está hablando. Temí que mi silencio incomodara a los organizadores, de modo que en un momento dado intervine para decir que es sabido que cuando una comunidad de humanos o animales se ve aislada durante un largo periodo de tiempo —aunque corto en la escala de la evolución del planeta—, los animales grandes de ese territorio tienden a reducir su tamaño y, por el contrario, los animales pequeños —típicamente iguales o más pequeños que los conejos—, tienden a aumentar de tamaño. Así ocurrió con los hombres y los elefantes de la Isla de las Flores, dije, ubicada cerca de lo que hoy es Java, que se volvieron enanos, en tanto que las ratas y otros roedores de aquella isla se agigantaron hasta unas proporciones que hoy nos darían miedo. Se trata de un innato dispositivo de supervivencia global, que tiende a equilibrar las especies. Lo que desconcertó a los antropólogos que hallaron los fósiles —continué diciendo— fue que la disminución del cerebro de los humanos no actuaba en detrimento de las capacidades intelectivas, aunque sí de su voluntad, la cual, debilitada, los llevaba a abandonar las más elementales tareas de supervivencia, el coito incluso, hasta extinguirse. Todos atendieron a mi comentario. Cuando hube terminado permanecieron en silencio, como esperando algo más. En las pantallas, un tuit, escrito en español de Argentina, decía: «Grande! Todo cuanto vos decís está muy bien». Yo les aclaré que decía todo aquello a colación del aislamiento que a veces se produce en las redes, por ejemplo, en los grupos cerra-

dos de Facebook o en las redes diseñadas exclusivamente para el ejército o corporaciones financieras. Creo que fue ésa mi única intervención aquella tarde. Lo cierto es que me intimidaba el hecho de estar siendo observado a través de Internet. No estoy acostumbrado a hablar ante público invisible. Hay una regla de oro: ojo habla a ojo —a través de pantallas o en vivo—, voz habla a voz —a través de un teléfono— y texto habla a texto —a través de cartas o mensajes escritos—, pero no es buena la aparición de canales cruzados. Y allí todo estaba cruzado. A través de la ventana divisé la orilla al otro lado del estrecho. Barcos amarrados, indistinguibles en una masa de colores; alguno de éstos debía de ser el barco que nos trajo, me dije, y noté que me lo decía como si ese barco jamás fuera a regresar a por nosotros. El resto del tiempo lo empleé en observar atentamente los rostros de mis compañeros y compañeras; ninguno de ellos presentaba signos de haberse hecho modificaciones estéticas faciales, ni labios, ni pómulos, ni nada de lo que debería ser habitual en una muestra del siglo XXI elegida —como supuestamente lo era aquélla— al azar.

Antes de la cena aún había un residuo de sol; decidí coger el libro e ir a dar una segunda vuelta por la isla. Esta vez en dirección contraria. Ascendí un pequeño repecho, simétricamente dividido por la que llaman paseo de los Mirtos: un paseo de no más de cien metros cubierto de esa clase de árboles, muy trenzados en sus copas aunque el sol de media tarde entraba a ras de suelo para iluminar con mucha intensidad el camino. Noté entonces la presencia de decenas de capas de materia bajo mis pies. Sabía que allí abajo había cientos de huesos y cientos de dientes, cientos de tenedores y de cucharas, y ropa y fotografías y armas, y muchos más objetos que jamás podría ver —al-

gunos de ellos ni tan siquiera reconocer aunque los tuviera delante—, pero aquella sensación no me hablaba de cada uno de esos objetos sino de la suma de todos ellos, de un herrumbroso e incandescente magma, una especie de Centro de la Tierra de San Simón, un generador de su energía motriz o algo así. Al final del paseo de los Mirtos, acabada en un templete circular, una plataforma conectaba con otro paseo que, más abajo, circunvala la isla, al que llegué por unas escaleras de sólido granito. Abrí el libro y al momento hallé otra correspondencia. Cogí la cámara y disparé. Regresé al hotel. Momentos antes de tener que ir a la cena, me conecté a la Red y subí a mi blog la fotografía del libro y la recién hecha, ambas con un texto al pie que decía: *La carne*.





Y no sé por qué escribí eso. Lo que en realidad quería decir era: *La desaparición de la carne*.

El asunto de la desaparición de la carne fue algo que me rondó durante parte de la cena, la cual pasé casi en silencio en tanto el resto, ahora menos *geeks* que al mediodía, ocasionalmente dejaban a un lado sus *smartphones* para charlar cara a cara. Leí el menú: pastel de verduras, carrillera de ternera con patatas, macedonia de frutas, vino tinto y café, lectura que me hizo pensar en lo especial que es el acto de comer, como si los alimentos, que en la tienda compramos muertos, al ser cocinados fueran resucitados en el plato. Una especie de ritual mediante el cual, al comer, hacemos desaparecer para siempre algo sagrado. Salí a fumar un cigarrillo. Sobre la grava del patio caminé en círculo. A través de la gran cristalera, vi a mis compañeros beber vino, llevarse el tendedor a la boca, gesticular, consultar sus cuentas de Twitter, y todo esto que ahora veo, me dije, es algo que en pocos minutos también desapa-

recerá para siempre. Cuando regresé a mi sitio ya habían traído el postre. Moví los cubiertos, momento en el que, bajo mi plato, detecté un pequeño papel, doblado, que desplegué. «Necesito ayuda», decía, escrito a mano. Instintivamente miré hacia los lados, nadie parecía haberse percatado de lo ocurrido. Volví la cabeza hacia atrás. Uno de los camareros, pelo cortado casi al cero, ojos un poco achinados y corpulento, me hizo una seña que inequívocamente daba a entender que la nota era suya. Ni sonreí ni devolví la señal, miré a los demás de reojo; acaloradamente, intercambiaban información de legendarios *trolls* que pueblan la Red. Guardé la nota en el bolsillo interior de la chaqueta y continué comiendo. Cuando el camarero trajo los cafés, ni él ni yo hicimos alusión a la nota.

Una vez hubo terminado la cena, nos fuimos al hotel. Alguien, no recuerdo quién, se había cuidado de llevar tónica, limones y ginebra, y en lo que años atrás había sido la cafetería, otro alguien preparó unos gin-tonics. Me sentía demasiado cansado como para beber alcohol, preferí la tónica sola. En un corro aparte se hablaba de Internet; intervine para decir que a mi juicio la característica más importante de Internet es que es un ente que no tiene cuerpo, es, por así decirlo, un gigantesco cerebro que vaga por el planeta sin hallar la grasa, los músculos y los huesos que lo aten a tierra, y que en ese vagar proyecta toda clase de sombras, las cuales, paradójicamente, no provienen de cuerpo alguno, y de ahí la confusión que nos produce todo lo que tiene que ver con la Red: es un organismo primitivo, aún a medio hacer, se halla en un fase similar a los microorganismos que un día salieron del agua para millones de años más tarde dar lugar a los anfibios y más tarde a los humanos que hoy somos. A juzgar por sus silencios, creo que en este caso tampoco mi parlamento los convenció.